

VARIAS MANERAS DE MIRAR A UN MIRLO, DIGO, A UNA LITERATURA ***Roberto Fernández Retamar****Presidente da Casa de las Americas**

Es obvio que he pedido en préstamo el título al poeta estadounidense Wallace Stevens, quien escribió «Thirteen Ways of Looking at a Blackbird», y el poeta cubano Eugenio Florit tradujo con el feliz endecasílabo sáfico «Trece maneras de mirar a un mirlo». Pero lo que en estas líneas invitaré a mirar, desde distintas perspectivas más que maneras, no es un pájaro, sino el bulto de una literatura, la cubana. Prescindo, como se comprenderá, de proponer la tautología de que dicha literatura sea vista sólo desde su mismidad, propuesta inaceptable en general y en particular cuando se habla de literatura comparada. Sobre la relación actual entre esta última y las literaturas nacionales, véase el ensayo de Eduardo F. Coutinho «Literatura comparada, literaturas nacionais e o questionamento do cânone».¹ Por otra parte, ya sé que están en tela de juicio muchos de los vocablos/conceptos con que trabajamos. Al abordar «Literaturas emergentes y literatura comparada», escribió Wlad Godzich: «No podemos contar con un conocimiento fehaciente de lo que subyace a la agitación teórica de los últimos años, aunque conocemos algunas de sus consecuencias. Éstas han ocupado, sin duda, un lugar prominente en las controversias. Una de las más sobresalientes ha sido la repentina incertidumbre en lo concerniente a nuestro propio objeto de estudio.»² Criterio hasta cierto punto semejante expresó, en «Ejercer la crítica

* Conferencia inaugural del XVIII Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, que se realizó en Río de Janeiro entre el 30 de julio y el 4 de agosto de 2007.

¹ *Revista Brasileira de Literatura Comparada*, No. 3, 1996.

² Wlad Godzich: *Teoría literaria y crítica de la cultura*, trad. de Josep-Vicent Gavaldá, Madrid, Frónesis, Cátedra, Universitat de València, 1998, p. 322.

literaria cuando nadie tiene la certeza de lo literario»,³ Víctor Barrera Enderle, quien habló allí de «la incertidumbre de un oficio cuya materia prima se ha venido disolviendo con el paso de los años. [...] Nuestro oficio, tiempo atrás calificado de ciencia en potencia, hoy en día se esparce y se difumina entre los interminables campos de los estudios literarios [...]» (p.113). Creo que fue Chesterton quien escribió que un pensamiento que debe evitarse es el que al producirse impide la marcha del pensamiento. No pretendo entrar en la manigua de las polémicas terminológicas que a menudo son encarnaciones de la «nueva vulgata planetaria» sobre la cual nos previnieron Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant. Pero, aunque los autores apuntaban mas allá de nuestros estudios, es útil tener en cuenta sus palabras:

«La diffusion de cette nouvelle vulgate planétaire [...] est le produit d'un impérialisme proprement symbolique. Les effets en sont d'autant plus puissants et pernicioux que cet impérialisme est porté non seulement par les partisans de la révolution néolibérale, lesquels, sous couvert de modernisation, entendent refaire le monde en faisant table rase des conquêtes sociales et économiques résultant de cent ans de luttes sociales, et désormais dépeintes comme autant d'archaïsmes et d'obstacles au nouvel ordre naissant, mais aussi par des producteurs culturels (chercheurs, écrivains, artistes) et des militants de gauche qui, pour la grande majorité d'entre eux, se pensent toujours comme progressistes.// [...] [A]ujourd'hui nombre de topiques directement issus de confrontations intellectuelles liées aux particularités et aux particularismes de la société et des universités américaines se sont imposés, sous des dehors en apparence déshistoricisés, à l'ensemble de la planète. // [...] C'est [...] un discours américain, bien qu'il se pense et se donne comme universel, en cela qu'il exprime les contradictions spécifiques de la situation d'universitaires qui, coupés de tout accès à la sphère publique et soumis à une forte différenciation dans leur milieu professionnel, n'ont d'autre terrain où

³ Ponencia presentada en coloquio internacional realizado en 2002 en Valparaíso sobre *Orientaciones de la crítica literaria y cultural*. Víctor Barrera Enderle: *Ensayos sobre literatura y cultura latinoamericanas*, Santiago de Chile, Miscelánea Textual, 2002.

investir leur libido politique que celui des querelles de campus déguisées en épopées conceptuelles.»⁴

Transcribiré a continuación una escueta frase: «Globalization is only another word for US domination».⁵ Debemos la memorable definición a una autoridad en la materia (aunque no precisamente en el campo cultural): Henry Kissinger. No siempre contamos con brutales confesiones semejantes.

Vuelvo a mi canto llano y empiezo por la perspectiva española. En mi país, conmemoraremos el próximo año cuatro siglos de literatura cubana, pues se considera la primera obra literaria nuestra al poema épico *Espejo de paciencia*, escrito en 1608. Y al no haber sobrevivido areítos, ceremonias religiosas que incluían cantos y danzas de los aborígenes (ellos mismos fueron pronto exterminados), es indudable que la literatura cubana comienza como un desprendimiento de la española. Un desprendimiento, concretamente, de la literatura en lengua castellana, devenida lengua imperial, pues, a diferencia de España, no hay en la literatura cubana obras catalanas, ni gallegas, ni vascas. José Juan Arrom estudió «Las letras en Cuba antes de 1608».⁶ Letras, desde luego, de españoles. El primero, sin embargo, no lo era, pues se trató del mesiánico y pintoresco genovés Cristóbal Colón, quien pergeñó las páginas inaugurales en torno a nuestra Isla. Sobre la versión de su *Diario de viaje* que ha llegado a nosotros, y sobre otros textos más o menos emparentados con él, Beatriz Pastor escribió su excelente libro *Discurso narrativo de la conquista: mitificación y emergencia*.⁷ Arrom escudriñó el inicio de las letras cubanas en obras de navegantes, cronistas y colonos que escribían en Cuba, trataban de ella o estaban íntimamente relacionadas con el desarrollo posterior de su cultura. Por descontado, dio un sentido bien lato a la literariedad. Al *Diario de viaje* de Colón lo

⁴ Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant: «La nouvelle vulgate planétaire», *Le Monde Diplomatique*, mayo de 2000, pp. 6-7.

⁵ Cit. en Armando Gnisci: «Una historia diferente», *Casa de las Américas*, No. 219, abril-junio de 2002, p. 35.

⁶ En *Estudios de literatura hispanoamericana*, La Habana, Imprenta Úcar García, 1950.

⁷ La Habana, Casa de las Américas, 1983.

consideró «la piedra angular de las letras de Cuba» (p. 18). José Lezama Lima, en su *Antología de la poesía cubana*,⁸ diría luego que es «libro que debe estar en el umbral de nuestra poesía», (t. I, p. [7]). Arrom se refirió luego a Fray Bartolomé de Las Casas, quien se dio a la tarea de defender, «en lenguaje vibrante y apasionado» (p. 18), el derecho del indígena a ser libre. Arrom afirmó que sería acto de justicia dar cabida en las letras cubanas a aquellos escritos de Las Casas que atañen directamente a la Isla. Los demás autores aludidos por el erudito ex profesor de Yale no tienen la relevancia del Almirante ni del gran dominico. Se ha añadido a Juan de Castellanos, quien en *Elegías de Varones Ilustres de Indias* incluye versos en los que se hace evidente que estuvo en Cuba. Y al republicarse en 2002, con un nuevo tomo, la *Antología de la poesía cubana* compilada por Lezama,⁹ Álvaro Salvador y Ángel Esteban la hacen preceder, en «anexo», de «un canto de setenta y cuatro octavas reales que pertenecen a un conjunto de varios miles de versos dedicados a describir el periplo americano de Fray Alonso de Escobedo, franciscano andaluz» (t. I, p. xiv). Se trata de «Florida», alude a Baracoa y La Habana, lugares que el autor visitó, y se conjetura que fue escrito entre 1598 y 1600. Con criterios similares, el siglo XVI cubano puede ofrecer un muestrario, así sea magro, de cierta producción literaria. Se trata, sin duda, de una producción totalmente colonial, cuyos hacedores ni siquiera son cubanos. Y colonial seguirá siendo durante largo tiempo la literatura en Cuba.

Los indígenas, como se sabe, no sobrevivieron al impacto con los europeos. Sobre esto, Las Casas dejó conocidas páginas lancinantes. La supervivencia de los aborígenes sólo ocurriría en palabras (las primeras americanas en penetrar en lenguas europeas), en especial en topónimos (el mismo nombre del país es prueba de ello, pues resistió a otros como Juana y Fernandina), en humildes viviendas, en alimentos, en costumbres como la del tabaco, al principio y al final tenido por diabólico. Fueron vencidos de verdad y para siempre, no como en los casos a que remiten los notables libros de Miguel León Portilla *Visión de los vencidos* (1959) y *El reverso de la conquista* (1964), ya que en buena parte de América hay millones de descendientes directos de los visionarios a que se refirió León Portilla. En consecuencia, no hay en Cuba, paralelamente a la de origen español, una

⁸ Tres tomos, La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1965.

⁹ Madrid, Verbum, 2002.

literatura indígena, oral o amparada en ropaje español, como sí la hay, hasta nuestros días, en otros países americanos, según lo han señalado autores como Martin Lienhard y Gordon Brotherston.¹⁰ Es curioso, sin embargo, que hace algo más de cuarenta años Lezama diera al protagonista de su novela *Paradiso* (1966) el nombre de José Cemí: cemí se llama una imagen indocubana de destino religioso y quizá una deidad.

Caso bien distinto al del llamado «indio» es el del negro, «indígena “importado”», según lo llamó, en relación con zonas americanas más vastas, Alejandro Lipschütz.¹¹ Este otro «indígena» resultó factor esencial de lo que iba a ser lo cubano. Y al no arraigar en el país ninguno de los idiomas africanos traídos por los esclavos, el castellano acabó siendo su *lingua franca*: lo que, después de todo, les ocurrió también a los conquistadores y colonizadores venidos de España con el propio castellano, según he mencionado. El africano, llamado negro al margen de la variedad de sus orígenes étnicos, fue obligado a expresarse en castellano, aunque como lenguas rituales sobrevivieran varias, sobre todo el yorubá. Y en castellano dejaría ejemplos literarios como plegarias, cantos, leyendas, cuentos, refranes originalmente producidos en lenguas africanas (yorubá, ewe, bantú), que en el siglo XX iban a ser recogidos, en la estela de Fernando Ortiz, por autores como Ramón Guirao, Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré¹² e incluso Lezama, en su *Antología de la poesía cubana*.¹³ Aquí es oportuno recordar que el de Cuba, en la clásica denominación de Darcy Ribeiro, no es un pueblo «testimonio» ni un pueblo «transplantado», sino un pueblo «nuevo», en que todos sus componentes han venido de fuera, y conocerían un proceso de fusión que en 1940 Ortiz llamó «transculturación», y no ha concluido. Este término, y otros más o menos cercanos a él, como mestizaje e hibridez,

¹⁰ Martin Lienhard: *La voz y su huella. Escritura y conflicto étnico-social (1492-1988)*, La Habana, Casa de las Américas, 1990; Gordon Brotherston: *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo*, trad. de Teresa Ortega Guerrero y Mónica Utrilla, palabras liminares de Miguel León Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

¹¹ *Perfil de Indoamérica de nuestro tiempo. Antología 1837-1962* (1968), La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1972, p. 9.

¹² Cit. en Roberto Fernández Retamar: «Introducción a la literatura cubana», *Temas. Cultura Ideología Sociedad*, Nº 16-17, octubre de 1998-junio de 1999. Número extraordinario. Nueva época, p. 221.

¹³ «Cantos negros anónimos», en *Antología*, cit., III, pp.171-187.

también están en discusión, según lo hizo ver, quizá como nadie, Antonio Cornejo Polar, pero no voy a detenerme ahora en dicha discusión, a la que contribuí con un comentario sobre un texto de Cornejo.¹⁴ Un libro aparecido el año pasado sobre la literatura y el arte de Cuba lleva el significativo título *Alma Cubana: Transculturación, Mestizaje e Hibridismo*.¹⁵

A mediados del siglo XVI, Cuba era una menguada factoría, en que el sistema monopolista que España impuso a sus colonias sólo era roto por la piratería internacional y el frecuente contrabando. Precisamente en relación con estos se produce la primera obra concientemente literaria producida en la Isla: el ya mencionado *Espejo de paciencia*, cuyas candorosas octavas reales, escritas en la villa de Puerto Príncipe, tratan de un encuentro no de españoles e indios, como en *La araucana*, de Alonso de Ercilla, sino de nativos y piratas. Su autor, Silvestre de Balboa Troya y Quesada, oriundo de las Islas Canarias, estaba radicado en Cuba, y casi seguramente había participado en la academia poética presidida en Las Palmas de Gran Canaria por Bartolomé Cairasco de Figueroa, quien, según Belén Castro, «influyó en la gestación del barroco español [...], fue el inventor de la primera mitificación poética de su isla [...], [y] trató temas muy afines a los de *Espejo de paciencia*: el de la piratería, que también amenazaba las costas de las Islas Canarias, y el de la defensa colectiva del patrimonio insular».¹⁶ *Espejo de paciencia*, pues, no es el resultado de una evolución literaria interna, de que entonces carecíamos aún, sino el trasplante de un producto canario adaptado a un tema y un ambiente del nuevo hogar del poeta. No se limitó a ello Balboa, sino que, a semejanza de lo que conoció en la mentada academia poética canaria, atrajo al cultivo de las letras a varios habitantes de la región, seis

¹⁴ Cf. Antonio Cornejo Polar: «Mestizaje, transculturación, heterogeneidad» y mi comentario a dicho texto en *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*. José Antonio Mazzotti y U. Juan Zevallos Aguilar, coordinadores, Ann Arbor, Asociación Internacional de Peruanistas, 1996, pp. 47-56. Cf. también, de Antonio Cornejo Polar: «Mestizaje e hibridez: Los riesgos de las metáforas», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, No. 47, 1er. semestre de 1998.

¹⁵ Sussana Regazzoni (ed.): *Alma Cubana: Transculturación, Mestizaje e Hibridismo. The Cuban Spirit: Transculturation, Mestizaje and Hybridism*, Madrid-Frankfurt am Mein, Iberoamericana-Vervuert, 2006.

¹⁶ Belen Castro: «La Arcadia caribe de *Espejo de paciencia*: ninfas, sátiros y desculturación», *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Nº 50, 2do. Semestre de 1999, p. 139.

de los cuales le dedicaron sonetos laudatorios. Vale la pena subrayar que tanto en el texto como en uno de los sonetos que lo preceden aparece por primera vez en Cuba el vocablo «criollo». Aquí de nuevo debo citar a Arrom, cuya investigación «Criollo: definición y matices de un concepto»¹⁷ es el mejor estudio que conozco sobre el asunto. Según tal estudio, el vocablo había nacido en el portugués del Brasil, de donde se difundiría por otras lenguas, y antes de concluir el siglo XVI era de uso corriente en todo el Nuevo Mundo, donde implicaba haber nacido aquí, de ascendientes venidos del Viejo, sin importar, originalmente, el color de la piel, el estado político o la condición social. En efecto, en *Espejo de paciencia* un blanco «mancebo galán» es llamado «criollo de Bayamo», y un negro, «Salvador criollo, negro honrado»; mientras el Capitán Pedro de las Torres Sifontes ofrece a Balboa un «soneto criollo de la tierra», donde no deja duda sobre el significado del término: es «de la tierra». Se trata de un rasgo en que lo americano (en este caso lo cubano) empieza a diferenciarse paulatinamente de lo del Viejo Mundo. Recuérdese, de paso, que un importante personaje del jocundo *Concierto barroco*, de Alejo Carpentier, Filomeno, es presentado como «biznieto de un negro Salvador, que fue, un siglo atrás, protagonista de una tan sonada hazaña que un poeta del país, llamado Silvestre de Balboa, la cantó en una larga y bien rimada oda, titulada *Espejo de paciencia*.»¹⁸ Es notable este deseo de dos autores tan relevantes del siglo XX cubano como Lezama y Carpentier, de entroncar con el pasado local en sus obras de ficción.

No es necesario detenerse en el proceso multiseccular de diferenciación de la literatura de Cuba con respecto a la de España. De ello se han ocupado varios panoramas de la literatura cubana, el primero de los cuales, debido a Aurelio Mitjans, apareció incompleto, póstumamente, en 1890, con el título *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*;¹⁹ y del más reciente, llamado *Historia de la literatura cubana*, obra colectiva preparada por el Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba, han aparecido en 2002 y 2003 los primeros tomos, y es inminente la publicación de un tercero y último. Baste decir

¹⁷ En *Certidumbre de América*, 2a. ed. aumentada, Madrid, Gredos, 1971.

¹⁸ Alejo Carpentier: *Concierto barroco*, México, Siglo XXI, 1974, p. 20. Carpentier insiste en *Espejo de paciencia* entre las pp. 20 y 26.

¹⁹ Prólogo de Rafael Montoro, La Habana, Imprenta de A. Álvarez, 1890.

que antes del siglo XIX la literatura de Cuba no contó con obras de la envergadura de las del Inca Garcilaso de la Vega o Sor Juana Inés de la Cruz; y que la diferenciación entre españoles y criollos blancos no avanzará mucho hasta el siglo XVIII. A finales de ese siglo empieza a abrirse la grieta que acabará por separar a españoles y criollos blancos, y hasta cierto punto a sus literaturas respectivas. Entre los varios acontecimientos importantes ocurridos entonces, ninguno fue más trascendente para Cuba que la guerra del Saint Domingue francés que hizo extinguir allí la esclavitud y acabó por independizar en 1804 al país, el cual asumió su nombre indígena de Haití. Bloqueado este por varias metrópolis, ve arruinada sus industrias, y Cuba pasa a ocupar su papel de colonia más rica del mundo, lo que implicará multiplicar sus plantaciones sobre todo de caña de azúcar e incrementar la mano de obra esclava. Precisamente este último hecho impidió que la oligarquía cubana se sumara a la onda independentista que sacudió a la América española continental a partir de 1810, pues tal oligarquía temía que sumarse a la lucha por la independencia desembocara en sucesos como los de Haití. A la contradicción metrópoli/colonia sobreponía la de esclavistas/esclavos. Tales contradicciones recorren el siglo XIX cubano, y se expresan también en su literatura, la cual en dicho siglo adquiere particular relieve. Sin querer forzar la mano, lo mejor de la valiosa literatura cubana de aquel siglo, con las excepciones de rigor, está recorrida por esas tensiones, y vocada a la independencia y la extinción de la esclavitud. Sus dos primeras grandes figuras literarias, el pensador y ensayista Félix Varela y el poeta José María Heredia, optan por la independencia, imposible entonces para la clase a que pertenecían, y mueren en el destierro. Los poetas Plácido y Juan Clemente Zenea serán fusilados por los colonialistas españoles. La cuestión de la esclavitud (que en Cuba sólo fue abolida oficialmente en 1886) se manifiesta en obras como las novelas *Sab* (1841), de Gertrudis Gómez de Avellaneda,²⁰ y *Cecilia Valdés* (1839 y 1862), de Cirilo Villaverde. Al ir a finalizar el siglo XIX, los escritores cubanos de primer orden muy poco, si algo, debían a la literatura española de la época, en plena decadencia. Sobre tal literatura dijeron dos autores de una reciente historia de España: «Sin pena ni gloria para las letras

²⁰ Cf. Nara Araújo: «Raza y género en *Sab*», *Casa de las Américas*, N° 190, enero-marzo de 1993; y Luisa Campuzano: «*Sab*: la novela y el prefacio», *Alma cubana...*, cit.

transcurre el siglo [XIX]»,²¹ a pesar de Larra, Bécquer y Pérez Galdós. José Martí, cuya obra estuvo tan nutrida no sólo de literaturas extranjeras, sino de lo mejor de los clásicos de su idioma, había escrito que «los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España».²² Y Marcelino Menéndez y Pelayo apuntó que «el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil a España y manifestarse francamente como tal».²³ No en vano Cuba mantuvo durante casi treinta años, entre 1868 y 1898, una guerra para independizarse de España (y en su última etapa también para frenar al entonces naciente imperialismo estadounidense), que al cabo perdieron ambos contendientes, pues en 1898 los Estados Unidos intervinieron *pro domo sua* en dicha guerra y se quedaron con Cuba, primero como tierra ocupada, y después, hasta 1958, convertida en protectorado o neocolonia.

Cuba salió maltrecha de la contienda, lo que se puso de manifiesto en su pobre vida cultural en las primeras décadas del siglo XX. Pero en el caso de España, entre lo que se dio en llamar generación del 98 y la Guerra Civil el país vio un renacimiento cultural que influyó positivamente en Cuba. Pensadores y ensayistas como Unamuno y Ortega y Gasset, poetas como Juan Ramón Jiménez y los integrantes de la generación de 1927 alimentaron la creación literaria cubana, como se puso de manifiesto en autores que se nuclearon en torno a publicaciones como *Revista de Avance* (1927-1930), en la que no colaboraron ni Dulce María Loynaz ni Nicolás Guillén, y *Orígenes* (1944-1956). Pero tras el fin desdichado de aquella Guerra Civil, el régimen impuesto en España apagó esa relación, que incluso después de la muerte de Franco no ha vuelto a tener intensidad.

Añadiré que no es indiferente el idioma empleado por los escritores cubanos. Cuando a principios del siglo XX, en España, gente mediocre le echó en cara a Rubén Darío que era un «meteco», el gran poeta nicaragüense que inició la nueva poesía en español replicó

²¹ Fernando García de Cortázar y José Manuel González Vesgas: *Breve historia de España*, Madrid, Alianza, 1994, p. 518.

²² José Martí: «Francisco Sellén», *Obras completas*, 2a. ed., La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, tomo 5, p. 189.

²³ Cit. en Roberto Fernández Retamar: *Introducción...*, cit., pp. 226-227.

diciendo que era «ciudadano de la lengua».²⁴ Eso somos los que urdimos fantasías y realidades otras en nuestro idioma, el cual hemos venido forjando en común, durante más de medio milenio, en ambas márgenes del Atlántico. Pero tampoco es cuestión de aceptar la *reductio ad absurdum* propuesta por Octavio Paz al decir: «No hay una literatura peruana, argentina o cubana; tampoco hay una literatura española, al menos desde el siglo XVI. No se clasifica a los escritores por su nacionalidad o su lugar de nacimiento, sino por su lenguaje.»²⁵ Al aportar esta cita, Claudio Guillén añadió: «La lengua dista mucho de ser suficiente en bastantes casos. Una pluralidad de literaturas pueden compartir perfectamente un mismo idioma y sin embargo considerarse a sí mismas como específicas y nacionales» (pp. 300-301). Quizá este sea buen momento para recordar que hoy de cada diez hablantes del español, nueve lo hacemos en América. Un fenómeno similar se da en cuanto al inglés y el portugués elaborados en tierras americanas. Por otra parte, algunos de los escritores cubanos que viven fuera del país se valen de otros idiomas, en particular el inglés. Queda por ver si seguirán siendo escritores cubanos o si se integrarán a otras literaturas, aun cuando los temas puedan ser cubanos. Sobre este y otros puntos, véase. el libro *Memorias recobradas. Introducción al discurso literario de la diáspora*. Selección, prólogo y notas de Ambrosio Fornet.²⁶

Hablaré ahora desde la perspectiva hispanoamericana. Sería de desear que este adjetivo hubiera sido asumido con el significado con que lo usó Pedro Henríquez Ureña, para quien, siendo Hispania, al igual que Iberia, el nombre de toda la península occidental de Europa (es decir, de España y Portugal), lo «hispanoamericano» abarcaba también al Brasil. Con ese criterio publicó en 1945 el libro fundador *Literary Currents in Hispanic America*.²⁷ Aunque sin conservar el sentido del sintagma propuesto por Henríquez Ureña,

²⁴ Rubén Darío: «Dilucidaciones», en *El canto errante* (1907), *Poesías*, prólogo de Ángel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 301.

²⁵ Cit. en Claudio Guillén: *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, 2ª ed., Barcelona, Tusquets, 2007, p. 300.

²⁶ Santa Clara, Cuba, Ediciones Capiro, 2000.

²⁷ Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1945.

en general no aceptado, las literaturas americanas en español y en portugués (e incluso algo las caribeñas en francés e inglés) fueron estudiadas en la obra aparecida en Brasil, entre 1993 y 1995, *América Latina: Palavra, Literatura e Cultura*,²⁸ obra que, según su organizadora, Ana Pizarro, «comenzó proyectándose como una Historia de la Literatura Latinoamericana en el marco de la Asociación Internacional de Literatura Comparada», pero que «todas las dificultades con que se lleva a cabo la investigación de largo aliento en la cultura del continente» transformaron «en tres volúmenes de ensayos dispuestos en orden cronológico» (I, p. 13). Tales ensayos están en español unos y en portugués otros. En 2004, y en inglés, apareció la obra, también en tres tomos y con muchos colaboradores, editada por Mario J. Valdés y Djelal Kadir, *Literary Cultures of Latin America. A Comparative History*,²⁹ concebida, según Valdés, «[b]eyond Literary History» (I, p. xvii). En la introducción al primero de aquellos tomos, explicó Luisa Campuzano que esta historia incorpora la literatura del Brasil, las diferentes expresiones de las culturas amerindias y afrolatinoamericanas, la literatura de las comunidades hispánicas en el seno de los Estados Unidos, y las de otras minorías y culturas alternativas, como las obras de escritores judíos, mujeres, gays y lesbianas, pero no incluye explícitamente las culturas de lengua inglesa, francesa y holandesa del Caribe.

A finales del siglo XVIII, Alejandro de Humboldt escribió: «Los criollos [término que a la sazón implicaba a los considerados blancos] prefieren que se les llame *americanos*, y desde la paz de Versalles, y especialmente después de 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: “Yo no soy *español*: soy *americano*”...»³⁰ La conciencia nacional acabaría por conducir, en los países continentales de la América española, a la violenta separación política de España a partir de 1810, mientras en la América portuguesa conocería un proceso evolutivo que también la llevaría a la independencia, en 1822. Según se ha repetido mucho, a la independencia política la acompañará la voluntad de independencia intelectual, que se ha visto encarnada en la silva de Andrés Bello «Alocución a la Poesía», aparecida, como una suerte de editorial, en el tomo primero de la *Biblioteca Americana*,

²⁸ São Paulo: Memorial; Campinas: UNICAMP, 1993-1995.

²⁹ Nueva York, Oxford University Press, 2004.

³⁰ Cit. en José Juan Arrom: *Certidumbre de América*, cit., p. 22.

publicado en Londres en 1823. Ese tomo, dedicado «Al Pueblo Americano» (es decir, de nuestra América), es rigurosamente coetáneo de la Doctrina Monroe. Tal poema programático ha sido comparado con el texto «The American Scholar», que Emerson dio a conocer en 1837.³¹ En 1824, la victoriosa batalla de Ayacucho sellará la secesión política de la América española continental. Ya se mencionó el caso singular de Cuba, que por las razones aludidas permanecerá como colonia española durante casi todo el siglo XIX. Pero se sentirá en muchos aspectos afín a la América independiente. Un valioso ejemplo de ello lo ofrecen las primeras antologías de la poesía de la América española, estudiadas por Rosalba Campra.³² Si la inicial, *América poética*, que comienza con la silva de Bello, fue compilada por el argentino Juan María Gutiérrez e impresa entre 1846 y 1847 en Valparaíso, la segunda, con el mismo título, tuvo como uno de sus compiladores a Rafael María de Mendive (quien sería maestro de Martí), y sus dos tomos se publicaron en La Habana entre 1854 y 1856. En cuanto a los autores mismos, Heredia ha sido equiparado a Bello y Olmedo por quienes lo consideraron neoclásico, y tenido como iniciador del romanticismo americano por otros. Lo más cercano a la verdad parece ser que arrancó como neoclásico, y luego dio entrada en su poesía a elementos incuestionablemente románticos. En las últimas décadas del siglo XIX comenzó a manifestarse el modernismo hispanoamericano (representado en lo que respecta a Cuba por escritores como José Martí y Julián del Casal), cuya influencia vivificó la literatura de España. En el siglo XX y lo que va del XXI, la literatura cubana es sin duda parte esencial de la compleja literatura hispanoamericana. Al producirse, a raíz del triunfo de la revolución cubana en 1959, la amplia recepción mundial de la narrativa hispanoamericana a la que varios han dado el lamentable nombre de *boom*, entre sus representantes o beneficiarios (al margen de los criterios de cada cual sobre el acontecimiento histórico que hizo volver los ojos del planeta sobre nuestra América) se hallarán cubanos como Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reynaldo Arenas. La estrecha relación entre la literatura cubana y la del resto de Hispanoamérica es de interliterariedad, de acuerdo con el término propuesto por Dýonisz Durisin, «resultado», según Franca Sinopoli, «de la

³¹ Pedro Henríquez Ureña: *Op. cit.*, p. 100.

³² «Las antologías hispanoamericanas del siglo XIX. Proyecto literario y proyecto político», *Casa de las Américas*, No. 162, mayo-junio de 1987.

relación recíproca entre las comunidades interliterarias, por ejemplo las de las literaturas europeas o las de las literaturas latinoamericanas». ³³

¿Cabe hablar de una literatura americana en conjunto? Por supuesto que es dable comparar, a menudo con provecho, obras de nuestra América con otras de los Estados Unidos y Canadá. Así procedieron, entre varios, José Ballón en *Autonomía cultural de América: Emerson y Martí*, ³⁴ Bell Gale Chevigny y Gari Laguardia al editar el volumen colectivo *Reinventing the Americas. Comparative Studies of Literature of the United States and Spanish America*, ³⁵ volumen en que hay contribuciones de los cubanos Pablo Armando Fernández y Edmundo Desnoes, y Vera Kutzinski en *Against the American Grain: Myth and History in William Carlos Williams, Jay Wright, and Nicolás Guillén*. ³⁶ Pero tales libros no dan por sentado que traten obras de una misma literatura. En cambio, Gustavo Pérez Firmat se interroga desde el título de su compilación: *Do the Americas Have a Common Literature?* ³⁷ En la introducción, Pérez Firmat menciona que hemos dado una respuesta negativa a la pregunta el filósofo mexicano Edmundo O’Gorman y yo. Y añade: «Fernández Retamar is certainly correct in pointing to the huge historical and political differences between the United States and Spanish America [...] even so, historical position is not always identical to cultural position, and the essays in this volume tend to demonstrate that even when the comparison involves authors and texts from the First and Third Worlds it is possible to find substantial common ground.» Pero a continuación el agudo Pérez Firmat añade: «Having said this much, I should point out that the book’s title is not intended as a question to which its contents provide an answer. In fact, the essays themselves raise questions that suggest how difficult it would be to answer the title, both because of the scope of the question and because of the terms in which it is couched.» (p.

³³ Franca Sinopoli: «La historia comparada de la literatura», en *Introducción a la literatura comparada*. Al cuidado de Armando Gnisci, trad. de Luigi Giuliani, Barcelona, Crítica, 2002, p. 271.

³⁴ Madrid, Pliegos, 1986.

³⁵ Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

³⁶ Baltimore, John Hopkins University Press, 1987.

³⁷ Durham y Londres, Duke University Press, 1990.

5). No sé qué pensará ahora, diecisiete años después de publicadas, el autor de esas líneas. Por mi parte, me gustaría que a la pregunta de marras se la pudiera responder afirmativamente, pero de momento lo sigo viendo difícil. Y me parece interesante que de los trece ensayos incluidos en el volumen, seis tengan que ver con Cuba, donde nació Pérez Firmat.

Aunque sin mencionar siquiera el libro editado por este, Earle E. Fitz parece hacerle eco, con un abanico más vasto, en *Rediscovering the New World. Inter-American Literature in a Comparative Context*,³⁸ en cuya introducción el autor afirma: «My purpose in writing this book was to show that, given the unique set of historical circumstances that governed the European discovery, conquest and settlement of the New World, one could approach English and French Canada, the United States, Spanish America, and Brazil as constituting a community of literary cultures related to each other by virtue of their origins, their sundry interrelationships, and their sociopolitical, artistic, and intellectual evolutions. Their very real differences notwithstanding, the nations of the New World share enough of a common history that they can legitimately be studied as a unit [...]» (p. xi). ¿Es cierto que las naciones del Nuevo Mundo comparten lo bastante una historia común como para que legítimamente puedan ser estudiadas como una unidad? No estoy nada seguro de esto. Pero me llama la atención que en 1993 alguien tan confiable como Mary Louise Pratt haya publicado el ensayo «La liberación de los márgenes: literaturas canadiense y latinoamericana en el contexto de la dependencia».³⁹ Para esta autora, «[e]l tema general que anima este ensayo ha sido obsesivo tanto en la crítica canadiense como en la latinoamericana desde los comienzos de ambas. Se trata, por una parte, del proyecto de formular los vínculos existentes entre esas literaturas, y entre sus historias, como sociedades dependientes coloniales y neocoloniales, por la otra» (p. 25). Pratt pasa luego a señalar semejanzas entre obras de las dos literaturas, en lo esencial glosando un trabajo de

³⁸ Iowa, Iowa University Press, 1991.

³⁹ «La liberación de los márgenes: literaturas canadiense y latinoamericana en el contexto de la dependencia», *Casa de las Américas*, N° 190, enero-marzo de 1993.

Jean Franco,⁴⁰ y menciona novelas de Carpentier y Lezama. Sin embargo, es evidente que hoy no se podría presentar la literatura de los Estados Unidos como propia de una sociedad dependiente colonial o neocolonial. Ignoro qué nuevos aportes se han hecho últimamente a esta cuestión sin duda relevante.

Me ocuparé por último de la perspectiva caribeña. Ya hace décadas se ha reconocido la importancia en varios órdenes de la cuenca del Caribe, la región americana a la que llegó Colón por primera vez y donde comenzó la colonización española. Y en tal región, escasa en metales preciosos, pronto fue establecido el sistema de plantaciones, vinculado especialmente a la industria azucarera, sistema que implicó la esclavitud sobre todo de millones de criaturas descuajadas de África, y luego, con otras denominaciones, también de Asia. En esas empresas, modernas y terribles, participaron varias metrópolis europeas que provocarían la pluralidad del Caribe ostensible en lo idiomático y en distintas realidades políticas. El primer país del área en obtener su independencia fue el muy caribeño Haití, en 1804. Otros, en cambio, todavía son colonias, con un nombre u otro, de metrópolis como Francia, Holanda y los Estados Unidos, y el Caribe inglés empezó a obtener su independencia en 1962. En el caso de Cuba, el temor experimentado por su oligarquía de ver repetirse en la Isla los sucesos haitianos la sustrajo a las luchas libertadoras iniciadas en la América española continental a partir de 1810, como ya se mencionó, y ello hizo que en 1895, al iniciarse la segunda etapa de su demorada guerra de independencia contra España, las clases al frente de esa etapa fueran ya de extracción popular, y las metas desbordaran los fines anticolonialistas, para ser también antimperialistas y de justicia social, según el proyecto radical de José Martí. La intervención estadounidense en aquella guerra obligó a posponer la realización de tales metas, que al cabo se alcanzaron a partir de 1959, y llevarían al país, violentamente hostigado por los gobernantes estadounidenses, a iniciar la construcción del socialismo. El Caribe incluye, pues, junto a colonias de las viejas metrópolis y de una relativamente nueva, al primer país libre de nuestra América (y el primero en el mundo en abolir la

⁴⁰ «La parodie, le grotesque et le carnavalesque: quelques conceptions du personnage dans le roman latino-américain», en *Idéologies, littérature et société en Amérique latine*[...], Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles, 1975.

esclavitud), y a su primer país socialista. En el Caribe se fusionan etnias y creencias de orígenes europeos, africanos y asiáticos, se hablan cuatro lenguas de origen europeo, varios creoles y probablemente lo que los lingüistas llaman un *sabir*: el papiamentu. Pero más allá de las cuestiones que lo diferencian, se encuentran las que lo hacen una original unidad, con planteos desafiantes e intensa música, que más de uno ha considerado anuncio del porvenir humano.

Se tardó en ver al Caribe como una unidad o subunidad. Quizá la primera vez que ello ocurrió fue en el libro ameno y superficial de Germán Arciniegas *Biografía del Caribe*, que vio la luz en 1945.⁴¹ Hubo que esperar a 1970 para que se ofrecieran serias visiones de conjunto, las cuales fueron hechura de dos importantes figuras de la región, quienes publicaron el mismo año sendas obras casi homónimas: Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*;⁴² y Eric Williams, *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean 1492-1969*.⁴³ Siempre he creído que tales títulos comunes son deudores del epílogo a una segunda edición (la primera fue de 1938) del gran libro de C.L.R. James *The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*.⁴⁴ Tal epílogo se llama «From Toussaint L'Ouverture to Fidel Castro».

Si hubo que esperar tanto para contar con aceptables historias del Caribe, no es extraño que hubiera que esperar todavía más para ver aparecer una historia conjunta de la literatura de la zona. Ella es *A History of Literature in the Caribbean*, cuyos tres volúmenes fueron publicados en inglés, entre 1994 y 1997,⁴⁵ editados por A. James Arnold, como parte de *A Comparative History of Literatures in European Languages* que auspicia la Asociación Internacional de Literatura Comparada. En el primer tomo se estudian las literaturas de lenguas española (y por tanto la cubana) y francesa; en el segundo, las literaturas de

⁴¹ Buenos Aires, Sudamericana, 1945.

⁴² Madrid, Alfaguara, 1970.

⁴³ Londres, André Deutsch Ltd., 1970.

⁴⁴ 2ª ed., revisada, Nueva York, Vintage Books, 1963.

⁴⁵ Amsterdam, Philadelphia, John Benjamins Publishing Company, 1994-1997.

lenguas inglesa y holandesa: en los tres últimos casos, con los correspondientes creoles; el tercer tomo se consagra a «Cross-Cultural Studies».

En la Cuba del siglo XIX no se solía hablar aún del Caribe, sino de las Antillas. Ellas fueron preocupación cardinal de José Martí, quien se sintió atraído, junto con los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos y el haitiano Antenor Firmin, por la idea de: una confederación antillana.⁴⁶ Entre los muchos ejemplos del interés que para Martí tuvieron las Antillas, a las que llamó «las islas dolorosas del mar»,⁴⁷ se encuentra la última carta suya a su fraterno amigo mexicano Manuel A. Mercado, que fue hecha la víspera de morir combatiendo y ha sido considerada su testamento político: «ya estoy todos los días», escribió allí, «en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestra tierras de América».⁴⁸

En el siglo XX cubano nos acercaron a preocupaciones del área muchos estudios de Fernando Ortiz, la obra de Ramiro Guerra *Azúcar y población en las Antillas* (1927), y en lo estrictamente literario el libro de poemas de Nicolás Guillén *West Indies Ltd.*, de 1934. Diez años después de publicado este, Guillén estuvo entre los editores de la cubana *Gaceta del Caribe. Revista Mensual de Cultura*, en cuyo primer editorial se leía: «Si se nos pidiera justificar el título, diríamos que arrancando de lo hondo de esta isla nuestra, centro geográfico del mar de las Antillas, queremos dar el latido pleno del archipiélago dentro del ámbito continental, pero con una alerta conciencia de universalidad. Por otra parte, huelga declarar que no pretendemos imponer determinado “meridiano”, y que sólo nos guía el afán de servir a la cultura en esta parte del mapa con un limpio espíritu solidario hacia los pueblos con los que estamos hermanados en el Caribe.» En 1948, Guillén dio a conocer su *Elegía a Jacques Roumain, en el cielo de Haití*. Y en 1949 Alejo Carpentier, a partir de un

⁴⁶ Cf. Antenor Firmin: «Betances, Martí y el proyecto de Confederación Antillana», *Casa de las Américas*, N° 233, octubre-diciembre de 2003, pp. 89-91.

⁴⁷ José Martí: «Nuestra América», *Obras completas*, cit., t. 6, p. 23.

⁴⁸ José Martí: *Obras completas*, cit., t. 20, p. 161.

viaje revelador a Haití, publicó *El reino de este mundo*, e inició así un ciclo de novelas cuyo centro temático es el Caribe.

Aunque en 1960 yo conocía ya esas obras y me consideraba latinoamericano, mi amistad, anudada ese año en París, con el escritor martiniqueño Édouard Glissant empezó a hacerme consciente de mi condición, también, de caribeño. Ambos proyectamos entonces publicar en París una revista con textos latinoamericanos para la que solicité y obtuve el respaldo de Alejo Carpentier. Pero el proyecto, por diversas causas, no se hizo realidad. Cuando mucho después, en 1975, dediqué un número de la revista que dirigía y dirijo, *Casa de las Américas*, a *Las Antillas de Lengua Inglesa*,⁴⁹ objeté en un largo editorial el empleo de *West Indies*, consagración de un error geográfico, para nombrar al Caribe anglófono, y sugerí que bastaría el sintagma «América Latina», más allá de lo que originalmente significara, para abarcar todos nuestros países. Criterio similar mantuve cuando, en el VIII Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, que se celebró en 1976 en Budapest, leí en francés la ponencia «La contribución de la literatura de la América Latina a la literatura universal en el siglo XX»,⁵⁰ cuyo tema y cuyo título me fueron sugeridos por los organizadores del Congreso. Ese año se incluiría en el Premio Literario Casa de las Américas la literatura caribeña anglófona, y en 1979 la literatura caribeña francófona, más sus correspondientes creoles. También ese año 1979 fue creado por la Casa de las Américas su Centro de Estudios del Caribe (que a partir de 1981 contaría con su publicación periódica, *Anales del Caribe*), y se realizó en Cuba, después de haberlo hecho en Guyana y Jamaica, el III Carifesta, el Festival de las Artes del Caribe, como parte del cual tuvo lugar en la Casa de las Américas un simposio sobre la identidad cultural caribeña cuyos materiales fueron recogidos en la revista *Casa de las Américas*.⁵¹ Que todavía no estaba en uso la expresión «América Latina y el Caribe» lo revela, además, que el útil *Panorama histórico-literario de nuestra América* (tomo I 1900-1943, tomo II 1944-1970), editado por la Casa de las Américas en 1982, llevara tal título, de clara raíz

⁴⁹ *Casa de las Américas*, N° 91, julio-agosto de 1975.

⁵⁰ Incluida en *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, primera edición completa, Santafé de Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1995.

⁵¹ *Casa de las Américas*, N° 118, enero-febrero de 1980.

martiana, para dar a entender que el panorama englobaba a todas las regiones de nuestra América. Incluso este mismo año 2007 hemos contemplado el cambio de nombre de la más importante de las colecciones que publica la Casa, la Colección Literatura Latinoamericana, que ha pasado a ser Colección Literatura Latinoamericana y Caribeña al incluir *Los placeres del exilio*, de George Lamming, quien ya había visto publicada en dicha colección en 1979, cuando sólo se llamaba Literatura Latinoamericana, su primera novela, *En el castillo de mi piel* (1953).

En aquel simposio celebrado en 1979 en la Casa de las Américas, dijo Victor Stafford Reid: «Nosotros, los del Caribe, somos hoy día el último conglomerado importante de cultura en llamar la atención».⁵² En efecto, en apreciable medida, estamos ante una literatura emergente. Al frente de *The Oxford Book of Caribbean Verse*, aparecido en 2005, se afirma: «A hundred years ago it would have been inconceivable that the Caribbean, for centuries the site of the worst atrocities of human history, would produce what is arguably the most life-affirming and spiritually uplifting body of poetry of the twentieth century.»⁵³ Pero los antologadores parecen tener insuficiente conocimiento de la poesía de lengua española. En todo caso, admiten que «the culture of, say, Cuba differs in fundamental ways from that of Haiti or Jamaica», y que «the “English language” poetry of the region forms the core of this collection» (p. xx). Por eso pueden decir: «Caribbean poetry has grown in both volume and stature through the twentieth century from something that hardly existed—at least as far as the literary mainstream was concerned—into a body of word-culture [...] that is generally acknowledged to be among the richest, most accesible, and yet technically adventurous libraries of contemporary verse. [...]// Indeed, West Indian poetry is essentially a twentieth-century phenomenon [...]» [p. xvii]. No es dable aceptar que la poesía cubana sea creación del siglo XX. De los románticos José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda a los modernistas José Martí y Julián del Casal, la suya ya era poesía auténtica y mayor en el siglo XIX. En cuanto al siglo XX, son graves

⁵² Victor Stafford Reid: «Identidad cultural del Caribe», *Casa de las Américas*, N.º. 118, cit., p. 48.

⁵³ *The Oxford Book of Caribbean Verse*. Editado por Stewart Brown y Mark McWatt, Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. xvii.

las ausencias, en la antología de Oxford, de poetas como Dulce María Loynaz, Eugenio Florit, Emilio Ballagas, todos los integrantes del Grupo Orígenes y en particular Lezama, cuya filiación caribeña ya había sido puesta de relieve por David Huerta en una valiosa antología poética de 1988,⁵⁴ donde Huerta lo acercó, al más alto nivel, a Saint-John Perse, Aimé Césaire y Derek Walcott. La de Cuba, debemos concluir, es una literatura caribeña sin dejar de ser hispanoamericana, así como es una literatura de lengua española cuando ya no es una literatura de España.

De Edward Said son estas conocidas palabras: «I suggest that we look [...] at what comparative literature was, in vision and in practice; ironically [...], the study of “comparative literature” originated in the period of high European imperialism and is irrecusably linked to it.»⁵⁵ Parece difícil negarle validez a la observación anterior, de alguien a quien tanto debemos, y que fue, entre muchas cosas importantes, eminente profesor de literatura comparada. Pero Armando Gnisci, en «La literatura comparada como disciplina de descolonización»,⁵⁶ planteó que para muchos la literatura comparada es una disciplina en fase de extinción, si no ya extinta; y al preguntarse con qué se propone sustituirla, mencionó dos opciones: o que ella fuera absorbida por una teoría de la literatura concebida como la disciplina central y más potente del estudio literario, o que la literatura comparada fuera superada por los estudios sobre la traducción (*Translation Studies*), los estudios sobre la descolonización cultural (*Post-colonial Theory*), los estudios interculturales (*Intercultural Studies*) y los estudios feministas (*Gender o Women’s Studies*). A continuación, Gnisci rechaza la primera de esas opciones, la cual, según él, expresa una posición típicamente euronorteamericocéntrica que propone una vez más la vieja concepción imperialista y jerárquica de la ciencia «occidental»; y añade que la segunda opción, articulada y plural, proviene, en cambio, de los desarrollos concretos del estudio literario con una perspectiva verdaderamente mundial, no sólo euroestadunidense. Además, los *Translation Studies*, la *Post-colonial Theory*, los *Intercultural Studies* y los

⁵⁴ José Lezama Lima: *Muerte de Narciso. Antología poética*. Selección y prólogo de David Huerta, México, Era, 1988, p. 26.

⁵⁵ Edward Said: *Culture and Imperialism*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1993, p. 43.

⁵⁶ *Casa de las Américas*, N° 208, julio-septiembre de 1997.

Women's Studies no se presentan como alternativos o indiferentes entre sí, sino que parecen marchar juntos en la misma dirección, siendo la literatura comparada la forma confederada de conocimiento y de enseñanza a través de la cual estos problemas y estos campos de indagación pueden ser considerados en conjunto, dentro de un coloquio verdaderamente «universal» y como imagen del futuro que toma en cuenta a todas las culturas. Si la literatura comparada, concluye, es un modo de comprender, estudiar y ejercer la descolonización cultural por los países que se han descolonizado del Occidente, para nosotros, estudiosos europeos [recuérdese que Gnisci es italiano], ella representa la forma de pensamiento, de autocrítica y de educación, en otras palabras: la disciplina para descolonizarnos de nosotros mismos.

He dedicado estas páginas a intentar considerar, desde distintas perspectivas, el perfil de la literatura de un pequeño país, no necesariamente la pequeña literatura de un país, para no decir nada de «una literatura menor», en el sentido rebelde que a esta última expresión le dieron, al hablar de Kafka, Deleuze y Guattari.⁵⁷ Heráclito nos invitó hace milenios: «Entrad con confianza, porque aquí también los dioses están presentes.»

⁵⁷ Gilles Deleuze [y] Félix Guattari: *Kafka. Por una literatura menor*, trad. de Jorge Aguilar Mora, México, Era, 1978.